

## Sobre el concepto contemporáneo de texto<sup>1</sup>.

El concepto de texto es fundamental para la semiótica y la lingüística modernas. Según la tradición saussuriana, el texto es una manifestación del lenguaje (lengua). Con algunas variaciones, así es como usan el concepto Roman Jakobson, Greimas y otros. En tal sentido, un texto se opone al lenguaje como la expresión se opone a lo inexpressivo, lo real a lo ideal, lo espacial y finito a lo extraespacial. A la vez, el lenguaje es percibido como un sistema que codifica el lenguaje, y, consecuentemente, todos los rasgos relevantes del texto se manifiestan en el lenguaje; lo que no se da en el lenguaje (en un lenguaje concreto), no tiene función senso-discriminativa. Por esta razón, *un texto siempre es un texto en un lenguaje determinado*. Esto significa que el lenguaje siempre se manifiesta antes que el texto (no necesariamente en un sentido temporal, sino quizá en algún sentido ideal).

Por largo tiempo, esta convicción dirigió el desarrollo de las indagaciones lingüísticas. Todo texto ha sido visto como material en el que se manifiestan las leyes del lenguaje, como una especie de mineral donde los lingüistas extraen por fundición la estructura del lenguaje. Una concepción como esta podía explicar adecuadamente la función *comunicativa* del lenguaje, esto es, su función más superficial y la que puede ser fácilmente asida por métodos analíticos del tipo más elemental. Por esto, durante mucho tiempo se ha considerado la función básica y, para algunos lingüistas, incluso, la única función del lenguaje. El notable cambio de interés desde el lenguaje hacia el texto (desde la estructura hacia el hablar), que se ha desarrollado en las últimas décadas, preparó psicológicamente a lingüistas y semióticos para el estudio de otras funciones más complejas de los sistemas semióticos.

Permítasenos imaginar un *continuum* semiótico con metalenguajes y lenguajes artificiales en uno de sus flancos, con los lenguajes naturales al centro de la envergadura cultural y con formaciones semióticas complejas -tales como el lenguaje poético (los lenguajes artísticos en general) y otros sistemas secundarios- en el otro flanco. Si considerásemos sólo la función comunicativa, que supone que un mensaje emitido por un destinador es recibido por el destinatario con la máxima exactitud, tendríamos que admitir que los más efectivos para desempeñar dicha función serían los lenguajes artificiales, puesto que sólo ellos garantizan incondicionalmente que el significado original se mantenga intacto. (Los casos extremos de este tipo serían la transmisión de órdenes y señales convencionales: en el sistema se insertaría un significado previamente establecido que debería trasladarse al receptor del mensaje. Son precisamente casos como éstos los que contempla el modelo "texto=significado"). Es esa justamente la opinión que constituyó la base más bien psicológica que científica, en los sesenta, de una actitud displicente hacia el lenguaje poético, considerado como "inefectivo" y como un constructo antieconómico. Hay tendencia a olvidar que ya en la década de los treinta, importantes lingüistas como R. Jakobson mostraron que el lenguaje poético constituye una esfera muy importante para la lingüística general.

El estudio de los textos de la cultura permitió distinguir otra función de los sistemas lingüísticos y, por consiguiente, de los textos. Además de su función comunicativa, un texto crea significación. En esta función, el texto ya no aparece más, como un mero envoltorio pasivo de un significado determinado de antemano, sino como *generador de significados*. Estrechamente vinculados con esto, se hallan los hechos bien conocidos por los historiadores de la cultura, en los que el texto no es precedido por el lenguaje sino, al revés, el texto precede al lenguaje. Se puede mencionar una gama amplia de fenómenos en relación con lo dicho. Ante todo, la abrumadora cantidad de textos arcaicos pertenecientes a culturas conocidas sólo fragmentariamente. Como regla, recibimos un texto (verbal, escultórico, arquitectónico, etc.) separado de su contexto natural, en el cual podía ser descifrado por códigos ahora perdidos y desconocidos por nosotros. El proceso de comprensión de tales textos consiste en la reconstrucción de los códigos, partiendo del texto para

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado por I. M. Lotman, en el simposio celebrado en Bergen (Noruega) en octubre de 1986 y se publicó, en ruso y en inglés («On the Contemporary Concept of the Text»), en *Livstegn. Journal of the Norsk Forening for Semiotikk/ Norwegian Association for Semiotic Studies. Proceedings of the first symposium "Semiotics in Theory and Practice", 2-3 Oct. 1986, Bergen (Norway)*, 3, págs. 155-163. En 1990, el profesor Gastón Gaínza, con la colaboración de Álvaro Quesada, lo traduce al español y se publica, con el título «Sobre el concepto contemporáneo de signo», en la revista costarricense *Escena* XIII 26, páginas 102-104.

luego descifrarlo (así como a otros textos análogos) con la ayuda del código reconstruido. Un segundo caso, que prácticamente no se diferencia del primero, es cuando nos enfrentamos ya no con obras del pasado, sino con los más recientes productos artísticos: un autor crea un texto único en un lenguaje hasta ahora desconocido, y para comprenderlo, la audiencia debe aprender un nuevo lenguaje, creado *ad hoc*. De hecho, el mismo mecanismo opera también un tercer caso: cuando aprendemos la lengua materna. También un niño se enfrenta con textos antes de aprender las reglas, y debe reconstruir la estructura con la ayuda de los textos y no los textos con ayuda de la estructura.

Estos tres casos tienen un rasgo en común. En el curso del funcionamiento cultural de un texto, su significado original se somete a reelaboraciones y transformaciones complejas, lo que provoca un incremento *de significación*. Por eso dicha función puede denominarse *creativa*. En contraste con su función comunicativa, en la que el mínimo cambio implica un error y una distorsión semántica, el texto en su función creativa tiende a producir nuevos significados (Cf. las palabras de E. T. A. Hoffmann en el prefacio de su *Lebensansichten des Kater Murr*, acerca del rol creador de los gazapos (erratas), y también los numerosos casos mencionados por Tolstoy, Ajmátova y otros, en los que errores, lapsus calami, etc., han contribuido al proceso creador). Si la interferencia se traga la información en la función comunicativa, en la creativa puede transformarla de manera productiva.

Además, la distinción de las funciones modifica nuestra idea del texto. En su función comunicativa el texto es una manifestación de un lenguaje; es por principio homoestructural y homogéneo. En aquellos casos en que el texto antecede al lenguaje y el receptor de la información debe escoger o construir un lenguaje para ese texto, se activa la posibilidad latente de ser leído según una variedad de códigos (Cf. el caso en *Les enfants du capitaine Grant* de Verne, donde los descodificadores debían establecer en cuál de los lenguajes igualmente probables estaba escrito un fragmento dado: la elección del lenguaje alteraba el significado del texto). Una situación semejante se produce siempre en la recepción de los productos artísticos y los textos de otras culturas, es decir, la gran mayoría de los casos que constituyen el continuum semiótico de la cultura. En este sentido, como generador de significados, el texto es, por principio, heterogéneo y heteroestructural. Desde esta perspectiva, se puede formular la regla de que un texto la manifestación simultánea de varios lenguajes. Son las relaciones complejas, dialógicas y probabilísticas entre sus distintas subestructuras, las que constituyen el poliglotismo del texto y lo convierten en mecanismo generador de significación.

Tal peculiaridad del texto lo sitúa en una clase isomórfica junto a fenómenos tales como la conciencia individual del ser humano, con su asimetría funcional entre los dos hemisferios del cerebro, y la cultura, con una estructura interna que se caracteriza por su heterogeneidad y redundancia. El mecanismo generador de significado es siempre el mismo: un sistema de traducciones internas entre sublenguajes que se encuentran en condición de relativa intraducibilidad en un texto determinado.

La tercera función del texto está vinculada al problema de la memoria de la cultura. En tal aspecto, los textos son programas mnemónicos compactos. La capacidad de los textos individuales que nos han llegado desde las profundidades de un oscuro pasado cultural para reconstituir capas íntegras de cultura, para *restaurar una memoria*, está claramente demostrada por la evidencia de toda historia de la cultura humana. No sólo metafóricamente es posible comparar en este sentido los textos con las semillas de los vegetales, las cuales, como mecanismos que generan información, pueden ser trasladadas a una esfera ecológica ajena, conservando su potencial de germinación; es decir, reconstruyendo la memoria del árbol que las produjo.

De acuerdo con esto, los textos tienden a la simbolización, se convierten en símbolos culturales. En contraste con otros tipos de signos, los símbolos son capaces de retener la memoria, adquieren un alto grado de autonomía en relación con su contexto cultural y funcionan no sólo en un corte sincrónico de la cultura, sino también en su dimensión diacrónica (Cf. la significación del simbolismo de la antigüedad y del cristianismo para todos los niveles de la cultura europea). En este caso, un símbolo individual funciona como un texto que se mueve libremente en el espacio cronológico de la cultura y en cada caso se correlaciona de manera compleja con sus niveles sincrónicos.

Para concluir, en su definición semiótica actual el texto ya no es más un portador pasivo de significado, sino que aparece como un fenómeno dinámico e intrínsecamente contradictorio, como uno de los conceptos fundamentales de la semiótica contemporánea.